



ERMITA DE SAN ISIDRO.

Nos hacen los escritores extranjeros mirar por un prisma tan exagerado las costumbres populares de otros países, que apenas concedemos atención á las nuestras, cuando hay algunas que en belleza y poesía pudieran apostárselas con las mas renombradas. La fiesta del santo patron de Madrid, si los españoles fueran tan vanagloriosos, tan *puffeadores* como los franceses, gozaria sin duda fama europea, pues aunque se verifica en un pueblo rico en costumbres populares, rico en tradiciones galanas, y coloreado en fin por la historia y la tradicion de la manera mas pomposa y mas pintoresca, es sin embargo la fiesta típica de Madrid; y si otras costumbres, como las verbenas por ejemplo, se le aventajan en colorido histórico, en la de S. Isidro en cambio despliega la villa del Manzanares mas lujo, mas movimiento, mas vida que en ninguna otra. Las verbenas son y serán siempre un lazo medio roto que nos une con los tiempos antiguos: el último canto de los poetas populares del siglo XVII, el epílogo de las comedias de capa y espada; mientras la fiesta de S. Isidro se amolda como blanda cera á las costumbres de los nuevos tiempos; es un Proteo popular que al gigantesco paso de los siglos viene desnudándose y vistiéndose los mil y un trajes que al hombre pone la civilizacion.

El elemento predominante en las verbenas como en todas las fiestas de España es el amor; pero el amor callado y misterioso que se retrae con infantil malicia á la sombra de la columna del dos de mayo, ó el amor contemplativo y dulce que pasea por las alamedas de Atocha, ó el amor muelle y multi-forme que se arrellana en las sillas del Prado ó en los poyos del Botánico. Estudiad este amor, y no ya en su forma, sino hasta en su fondo encontrareis casi pura la naturaleza árabe, el sello de las pasiones mas ardientes, resistiéndose á desaparecer de la sociedad española, á pesar de los esfuerzos que para borrarlo hace la civilizacion; esfuerzos semejantes á los que solemos hacer para borrar la estela luminosa y tenaz que deja el fósforo en la pared de nuestra alcoba; pero estudiad el amor tambien como elemento predominante en la fiesta del 15 de mayo, y le hallareis caracteres enteramente distintos; parece otro pueblo, otra sociedad, otra raza. Este amor no es voluptuoso; no busca la sombra; no ama la molicié; va en calea ó en omnibus; se ostenta lenguaraz y descarado en la abierta carretela; trisca, bulle, corre, canta, grita, baila, se mece en los columpios del tío Vivo, sube á los despeñaderos, reza en la ermita, bebe agua del Santo, come á dos carrillos resquillas al aire libre, jamon y chuletas en los merenderos, y es en fin otra cosa

que no se puede explicar, un sentimiento diverso del que en las calladas noches de verbena domina todas las almas. Figuraos una égloga de Garcilaso en que los pastores acaben por emborracharse inocentemente, y tendreis el dia de S. Isidro en Madrid; figuraos una comedia de Tirso, mojigata y desenvuelta al par, en que los actores acaben por apagar las candelijas y reunirse en misteriosos grupos á la sombra de las bambalinas, y tendreis las fiestas de S. Juan y S. Pedro.

Un lector. V. se equivoca de medio á medio, ó mejor dicho, por echarla de profundo, atribuye á diferencia de sentimientos una diferencia que está en las horas. Tan castiza, tan castellana pura y neta es una verbena en el Prado como la romería de san Isidro á la orilla del Manzanares; pero la noche es hermana gemela del misterio; la noche hace á los amantes bajar la voz, y á las mujeres cubrirse la cara con un velo, y á los enamorados embozarse en una capa, y á las mamás quedarse mas cortas de vista.... ¿Y puede reunir estas condiciones el dia 15 del mes florido, el hermoso corazon de la hermosa primavera?

El autor. Sí, señor.

El lector. Explíquese V. que no lo entiendo.

El autor. Vaya V. de noche á S. Isidro, porque la fiesta dura muchos dias. El dia 14 de mayo, á la caída de la tarde siga V. esa hilera de gente regocijada y parlanchina que por la calle Mayor se dirige á la poética cuesta de la Vega; quítese V. el sombrero ante el devoto farolillo de la virgen de la Almudena (lo cual, y dicho sea entre paréntesis, ya pone en V. un cierto sabor antiguo, que parece contrario á mis argumentos); baje V. á la tela, de tan famosos recuerdos, y..... ¿qué es lo que busca V. con los ojos?

El lector. Busco un omnibus, un *tres por ciento*, un carruaje cualquiera.

El autor. ¡Hola, señor lector! ¿con que empieza V. á introducir elementos modernos en la funcion de S. Isidro? ¿Con que su molicié de V. no es la poética y sensual molicié de los que se sientan en el Botánico ó pasean á paso de tortuga en las alamedas de Atocha, sino que pide V. almohadones para el cuerpo, almohadones para la cabeza, almohadones para los pies? ¡Hola! ¡Buen principio de una expedicion de capa y espada! pero sigamos adelante. ¡Zis! ¡zas! restalla el látigo. El omnibus va que vuela.

El lector. (Sin poderse contener.) ¡Maldito camino! ¡Qué abandono! cuando uno recuerda que en Francia.....

El autor. ¡Hola! ¡Hola! ¡Se acuerda V. de Francia en la fiesta 48 DE MAYO DE 4856.

de S. Isidro! Pero adelante. ¡Ya estamos en la pradera! Ha cerrado la noche completamente.

El lector. ¡Poético espectáculo!

El autor. Sí, señor, muy poético, muy pintoresco. Mil luces móviles se extienden por toda la pradera, como un ejército de fuegos fatuos que se dispusiese á pasar el río; pero aquí de la cuestión de luces, que tan poderosa parecía á V. Aunque abundan tanto, no me negará V. que la sombra mantiene su trono bastante firme para que el amor del día de S. Isidro se asemeje al amor de las verbenas. Vamos por aquí, por esta calle de sauces mas oscura y misteriosa y provocativa que el cerrillo de San Blas en la noche de S. Pedro. Por cada pareja solitaria que encontramos, ciento y mil nos salen al encuentro, cantando, triscando, rebulléndose como corzas en primavera. Por cada hombre que busca la soledad, ciento y mil buscan el jolgorio, el vino, el bailoteo y los ojos gachones de las muchachas; pero ¿á qué cansarnos? V. no es voto, señor lector. Las mujeres en su inmensa sabiduría y en su refinada malicia descubren mas fácilmente al que á fondo las conoce el quid de ciertas dificultades. — Señora lectora, ¿qué es lo que prepara V. con mas afán para el día de S. Isidro?

La lectora. Un buen ramo de flores.

El autor. ¿Lo oye V., señor lector? Las flores son la inocencia misma. — Y para el día de S. Juan, ¿qué es lo que V. prepara, señora lectora?

La lectora. (Cándidamente.) Una mantilla bien tupida, bien tupida.

El autor. ¿Lo oye V., señor lector? El velo negro de los condenados. ¿Y qué es lo que envidia V. mas, señora lectora, en las verbenas?

La lectora. ¡Jesus qué pregunta! Envidio mas.... pero ¡ea! no lo digo; no lo digo.

El autor. Acá nos lo sabemos bien. Y en la fiesta del santo patrono ¿qué echa V. de menos?

La lectora. Nada; porque me sobra con tener un buen ramo de flores en la cabeza, un vestido nuevo, una peseta para el omnibus, medio duro para rosquillas, y un buen mozo al lado que me diga: — ¡qué guapa estás!

El autor. *Tableau.* Hemos concluido. Ya sabe V., señor lector, que entre la fiesta de S. Isidro y las verbenas hay la diferencia que entre un velo negro que provoca, excita y enciende la sangre, y un ramo de flores que deleita, enamora y solo pensamientos dulces inspira.

V. B.

EL VALLE DE CHAMOUNI.

Muy pocas sensaciones depara la vida por lo general monótona del hombre, que sean comparables al supremo deleite que nos causa la contemplación de las maravillas de la naturaleza, en los lugares donde mas rica y pródiga se muestra. Y no se asemeja placer tan sublime al delirio vehemente de las pasiones, que turba nuestros sentidos por breves ratos y amortigua la luz escasa de la razón; antes al contrario, nunca arde mas brillante aquella llama vivificadora, ni se adormecen mas blandamente los ímpetus desordenados del cuerpo.

El país donde levantan los Alpes sus crestas apiñadas, cubiertas con las nieves de innumerables inviernos; donde límpidos lagos rivalizan en su diáfana superficie con la pureza del firmamento; donde torrentes impetuosos se lanzan como despeñados de roca en roca para ir á morir dulcemente en el seno del océano, ofrece, sin duda, mil y mil encantos que el artista, el poeta, el filósofo, el naturalista y aun el simple viajero admiran con entusiasmo y arrobamiento. Pero los cuadros mas grandiosos pierden su esplendor al lado del sublime espectáculo que el gigante de las montañas, á quien tan inspirada apóstrofe dedicara el apasionado cantor de Manfredo, embellece con su imponente cumbre. El Monte Blanco, *non plus ultra* de la magnificencia alpestre, alza su erguida frente en medio de la es-

pléndida multitud de cimas que le rodean, como el gallardo mancebo que diera el Señor á Israel por monarca, entre la turba de los guerreros de su linaje.

No sin profunda conmoción de su ánimo se adelanta el viajero lentamente por el áspero camino que desde Sallanches conduce al valle de Chamouni. Su curiosidad é impaciencia crecen por momentos, á medida que van descubriéndose en lontananza, una tras otra, las eminencias nevadas que, cual séquito real, parecen custodiar á aquel príncipe de la naturaleza. La entrada del valle es angosta, y si bien mas lejos se ensancha algun tanto, nunca llegan á distar entre sí un cuarto de legua las macizas murallas que le comprimen en toda su largura. Diríase que un pueblo de gigantes yace sepultado bajo las enormes rocas, desprendidas de las alturas, que cubren una parte del valle. Un silencio solemne, ese silencio de que tan solo pueden formar cabal idea los que han meditado largamente en la soledad, reina en aquel apartado rincón de los Alpes, interrumpido tan solo por los rumores campestres y halagüeños del ganado, que pasta en las laderas de los montes. Mas adelante, empero, señales inequívocas de vida y de movimiento anuncian la proximidad del lugar que marca el término de la jornada; lugar antes humilde y olvidado; punto hoy de reunión de cuanto la Europa entera cuenta de mas ilustre en méritos y en cuna, y acaso tambien en gracias y belleza. Consideremos por un momento el aspecto de aquella localidad, colonia del mundo civilizado durante el estío, antes de tornar nuestra mente á la admiración de las maravillas que van á rodearnos.

Un conjunto pintoresco de trajes y fisonomías; una verdadera Babel de distintos idiomas hieren nuestros oídos y embargan nuestra vista al acercarnos al modesto lugar donde se alberga el gran número de huéspedes atraído por la celebridad del Monte Blanco. Ya asoma una caravana que llena de alborozo desciende comunicándose sus gratas impresiones, ó en indiferente charla, del *Montanvert* ó de la *Hechière*; ya es una linda *miss*, cubierto el sonrosado semblante con el trasparente velo azul que tanto afeccionan las hijas de Albion; ya es un *dandy* parisiense que, sorprendido al tropezar en region tan selvática con la elegancia y la hermosura del *boulevard de Gand*, encuentra demasiado duro para sus manos el grueso y puntiagudo bastón, sin el cual ningun curioso trepa las asperezas que aprisionan el valle. Los unos vocingleros é inquietos; los otros flemáticos y graves; pero todos preocupados por la idea de los encantos que han saboreado ya ó esperan contemplar. ¡Cuántos dulces recuerdos no habrá llevado á puntos bien distantes mas de un corazón juvenil; recuerdos que no participarian ciertamente de la frialdad de aquellos inmensos ventisqueros donde resbalaron sus plantas! ¡Cuántos suspiros perdidos en el estruendo de una cascada! ¡Cuántas miradas que el pensamiento levantara á las simas de los Alpes se detuvieron muy lejos todavía de la mitad de su camino, extasiándose ante bellísimos objetos que no creyeron en verdad admirar al pié del Monte Blanco!

¿Cómo podría trascribir la pluma con acierto lo que la palabra no alcanza á definir, y desespera el pincel de copiar fielmente? Aquella masa de rocas y de ventisqueros; aquella série majestuosa de empinados peñascos que, cual las labradas agujas y los esbeltos capiteles de una inmensa catedral gótica, construida por los espíritus invisibles del aire, realzan la majestuosa cúpula que sobre todas ellas se levanta; aquella magnitud imponderable de cuanto nos cerca; los sonidos lejanos y confusos, música misteriosa de la soledad, que de todas partes vienen hácia nosotros, aumentan el encanto de los lugares que contemplamos y ofrecen un cuadro tan grandioso á nuestra admiración, que el ánimo se resigna á meditar en silencio lo que no seria dado al labio expresar dignamente. Y si cuando ya las sombras de la noche han sepultado el fondo del valle en densa oscuridad, miramos á la cúspide de la montaña iluminada todavía con rosado color por los últimos rayos del sol, truécase la meditación en ardiente entusiasmo, y arrasados de lágrimas los ojos creemos entrever el soñado dintel de la inmortalidad.

Ningun viajero de los que en Chamouni se detienen tan solo un día, omite las dos excursiones preferentes; la ascension al Montanvert y á la Hechière. La Hechière, cerro escarpado como todos los del contorno, se eleva enfrente de la cordillera del Monte Blanco, á manera de un espacioso balcon que permite distinguir una por una las bellezas de aquellos sitios. El Montanvert, situado en la parte opuesta del valle, es el punto donde acaba la vegetacion, y donde pernoctan generalmente las personas que desean llegar hasta el *grand jardin*, atravesando la *mer de glace*.

La *mer de glace*, nombre metafórico aplicado al mas extenso de los ventisqueros de Chamouni, desciende hasta el mismo valle desde las aberturas de los montes próximos, sin que alcancen nunca á derretir su vasta mole los calores mas ardientes del estío. Parece, en verdad, un mar congelado á la voz de un ente superior cuando mas altivas é impetuosas se mostraban sus olas. Mil y mil hendiduras, cuya profundidad insondable aterra al curioso que se acerca á examinarlas, acrecen, con una mezcla de riesgo, el interés que nos inspira lugar tan peregrino: por donde quiera se escapan límpidos arroyuelos, que van á perderse en simas hondísimas, alimentando acaso la fuente del Arveiron, río que corre por el valle. Para llegar al jardín, así llamado por ser un corto terreno cubierto de vegetacion entre monstruosos carámbanos de hielo y erizadas rocas donde aun la nieve resbala, hay que caminar mas de dos horas encima del mar de hielo, excursion que trae á la memoria del viajero la caminata sobre las aguas que cuenta la Escritura. El jardín, al par de esos *oasis* de los desiertos abrasados del Africa, es tan solo una curiosidad extraña, que por el contraste que ofrece con la aridez que le rodea, sorprende y maravilla en sumo grado. Así sobre el Montanvert como en la Hechière, el viajero encuentra abrigo y medianas comodidades que le hacen llevaderas las molestias que á tales ascensiones acompañan, y que personas habituadas á la molice de ciudades populosas, cuales son en su mayor parte las que atrae á Chamouni el interés de la novedad ó el imperio de la moda, no renuncian fácilmente. Los albergues contienen ademas una pequeña coleccion de la multitud de objetos de viaje y de adorno que se manufacturan en Suiza, y que muy pocos dejan de adquirir, por via de recuerdo de los tiempos halagüeños de sus expediciones y de los sitios romancescos que recorrieron. Ambas ascensiones se hacen generalmente en mulos, adiestrados ya de intento y conducidos por un guía; pero solamente se puede atravesar el mar de hielo á pié y valiéndose del *baton ferré*, cuya punta de hierro sirve á la vez de apoyo y de descanso.

El valle de Chamouni, tan celebrado ahora en Europa, era hace poco mas de un siglo casi completamente desconocido, y á su nombre se asociaban las ideas misteriosas de terror, que suelen ser tan comunes en los países montañosos. Los ingleses fueron los primeros curiosos que penetraron allí en 1741: el famoso Saussure y Bourrit le recorrieron de nuevo, el uno en 1760 y el otro en 1775. Pero Pacard de Chamouni fué el primero que ascendió al Monte Blanco, conducido por Jacques Balmat, el mas afamado de los guías del valle, personaje muy familiar para cuantos han leído las impresiones de viaje de Dumas; y el año siguiente de 1787 el mismo Saussure, conducido igualmente por Balmat, llevó á cabo con buen éxito una nueva ascension. Es ya muy crecido el número de aventureros (entre ellos algunas damas de mas que comun aliento y osadía) de distintas naciones, pero en su mayor parte ingleses, que han llegado desde entonces hasta su cumbre, la mas alta de Europa, siendo ya la subida espectáculo que el curioso puede contemplar casi anualmente. La literatura, digámoslo así, de aquella localidad es muy copiosa: los viajes, los cuentos y las descripciones científicas, relativas á los contornos del Monte Blanco, componen una biblioteca entretenida é interesante, y todo Londres recuerda todavía con agrado la narracion amena y animada que un apreciable escritor inglés, Mr. Albert Smith, hizo durante años enteros, ante un público numeroso, en *Egyptian Hall*, de su ascension á aquella cima gigantesca. Ascension que se verifica ya

sin grandes riesgos, merced á la pericia y habilidad de los guías, no menos que al conocimiento que se ha ido adquiriendo poco á poco del terreno.

Chamouni ó el Priorato, como á veces suele llamársele de un monasterio que existió allí durante la edad media, debe, sin disputa, la prosperidad de que goza al extraordinario número de forasteros que de casi todos los países del mundo civilizado acuden los veranos á admirar la nunca exagerada magnificencia de su localidad. Encuéntrase situado á cuatro mil pies de altura sobre el nivel del mar, y aun se levanta mas de doce mil pies encima de su torre la inmensa mole del *grand plateau* ó cumbre superior del Monte Blanco. La largura del valle pasa de cuatro leguas, y los viajeros le atraviesan generalmente para salir por Martigny al lago de Lemán, ó bien viceversa partiendo de Villeneuve vienen á parar á Ginebra siguiendo la direccion opuesta. En él se encuentran cuantas comodidades puede apetecer el *touriste* mas muelle, y un rincón tan apartado de la region alpestre posee fondas holgadas y dispuestas de un modo que podrian envidiar muchas ciudades importantes de Europa, brindando así sus habitantes con incesantes mejoras á pasar algunos dias de grato solaz á esa multitud ávida de novedades que durante dos ó tres meses del año invade los confines de Suiza y de Saboya.

FIDEL DE SAGARMINAGA.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

III.

Lo que nuestros graciosos de pipirijaina han hecho muchas veces en las poblaciones subalternas anunciando funciones gratis para entrar, pero de las cuales no puede salirse sin dar una peseta, eso mismo hacen diariamente los cafeteros filarmónicos de los Campos Elíseos con las fiestas matinales, diurnales y nocturnas que dan en sus teatros ventilados.

Figúrese el lector una gran verja cuadrilonga de madera ó de hierro situada en medio del campo; que tras de esta verja hay un jardín; que en medio del jardín se eleva á seis ú ocho varas un gracioso templete acristalado; que al frente y á los lados del templete hay colocadas multitud de mesas de café y profusion de sillas para los espectadores; figúrese todo esto al aire libre y expuesto á las miradas de la multitud que se aproxima á la barandilla, y atienda luego bien al espectáculo que se prepara.

Una orquesta numerosa y á veces buena principia á esparcir notas por el viento, en demanda de oídos que la escuchen. Pasada cierta hora y haya concurso ó no, descúbranse los músicos, hace señas el director *ad cembalo*, y se comienza una hermosa sinfonía. A este tiempo una docena de señoras vestidas con traje de corte, colores vivos y rabiosos, larga cola arrollada en el brazo desnudo, flores y encajes sobre el no muy honesto pero emblanquecido seno, pulseras á «che usted», ricos adornos de cabeza, coronas y lazos sobre la frente, grandes mantos de armiño echados á la espalda, profusion de pintura en las facciones, ricitos coquetiles, lunares, grandes cejas, acoralados labios, y una poca vergüenza superior á todo encarecimiento; esta docena de señoras, decimos, atraviesan el jardín en medio del día claro, ó turbio si es de invierno, ó lluvioso si es uno de los del año, y suben por escaleras laterales hasta el templete donde toman asiento en divanes magníficos, formando semicírculo de cara á los espectadores. — Un criado de librea va colocando taburetes á los pies y hermosos ramos de flores en las manos de aquellas cortesanas. El espectáculo toca á su principio.

Por revuelta que se halle la atmósfera (nuestro amigo el español asistió muchas veces á la fiesta debajo de su paraguas), ó

por mucho que Febo se encarnice contra la cabeza de sus oyentes, nunca faltan curiosos que atraídos por la novedad del caso hayan tomado plaza en una mesa y héchese servir cerveza ó ponche, que es lo mas indicado en estos lances. El espectador está cubierto y fumando.

De repente todas las miradas se dirigen al palco escénico; los músicos preludian otro aire, y es que un artista vestido de etiqueta, muy rizado de pelo, y encadenado por el pecho con largos oros en donde brillan diamantes como garbanzos, se prepara á cantar.

Las arias de hombre pertenecen por lo comun al género grotesco. Son monólogos franceses escritos á propósito y salpicados de alusiones de actualidad, ó en que se refieren escenas cómicas de costumbres. La música, muy ligera é insípida casi siempre, está vaciada en el molde de los cantos populares del país; mas que música es una declamación ritmada por la orquesta. Pero donde está la gracia, donde brota la diversion para los que se divierten es en el artista ejecutante, quien con sus muecas, contorsiones y destemplados gritos entretiene al auditorio por largo rato con abundante cosecha de chistes, algunos de dudosa clasificación, y el remedo de las diversas voces á que se refiere la escena que declama.

Terminada esta primera parte, siempre igual, deja el puesto aquel payaso á una *prima donna* que, después de haber conquistado imperecederos laureles en los primeros teatros del mundo, viene ahora á cantar al aire libre en mitad de un día de julio ó de una noche de febrero, y ante un público que así la escucha y la comprende, como se atrae de panecillos en su presencia, ó empuja botellas de cerveza floja, ó la dirige el humo del infernal kentuki que requema en su pipa.

La desdichada cantatriz, á pesar de todo, vestida de blanco y procurando remedar el afiligranamiento de mofales que en sus buenas épocas usaba, gorgoritea, cromatiqua y gallipavea de lo lindo, hasta que da por terminada su obra; en cuyo punto una salva de aplausos dispuesta siempre en Francia para todo, la resaca en parte de otros desdenes y la permite ejecutar media docena de cortesías teatrales, dignas de un triunfo como los que obtiene la Cruvelli en la Grande ópera.

Y otra vez aparece en escena nuestro payaso, y otra vez encaja su interminable relación, y de nuevo le sustituye la *donna*, y á esta la reemplaza el hufo, como se renuevan y reemplazan los bebedores y curiosos del café por espacio de cuatro ó seis horas seguidas, durante cuya fecha las cortesanas permanecen en feria, los gentiles pegados á la baranda, y los paganos tan contentos con aflojar su peseta por una taza de mal café servido á la intemperie, únicas contras que tiene el espectáculo para no llamarse cómodo y gratuito.

Considere el español que nada hay de falsedad ni adorno en nuestro relato, y diga luego si concibe mas depresión de la especie humana, mayor escarnio de la carrera artística, ni mas notorio olvido de ciertas impertinencias sociales que nuestros pobres padres, montados á la antigua, nos dieron á conocer desde chiquitines con los nombres de dignidad y pundonor.

Háse salido apenas de uno de esos teatros en los que se contempla al hombre tan pequeño, y ya el curioso tiene de nuevo que pararse nada menos que ante el tremendo sitio de Sebastopol.

Una caja de pasas como de á dos arrobas, colocada de canto, y muy pintada de trofeos militares, encierra el escenario, la empresa y los actores del terrible melodrama que se prepara. — Figurillas de carton que un año antes representaban en el mismo coliseo la vida del hombre malo ú otra moralidad parecida, son las que hoy vestidas de cazadores de Vincennes ó de zuavos africanos, atacan, destruyen y esparriban á los desdichados rusos que asoman sus gaitas vergonzantes por las almenas de un castillo gótico medio arruinado; y para mas completar la ilusión, al paso que se consiga una reciprocidad de tamaño y sonidos, estalla de tiempo en tiempo por la parte trasera del baul una horripilante tamborilada con acompañamiento de cornetas y tiros, que no parece sino que toda aquella Crimea se ha convertido en caja de guerra olvidándose que era campo de batalla.

A pocos pasos del sangriento espectáculo, se divisa otro no menos terrible por la brutalidad que de su mérito se desprende.

— Un hombre hincado de rodillas y con el brazo derecho desnudo, desmenuza á puñadas los guijarros y pedernales que coloca sobre una piedra. La multitud le arroja cuartos espantada.

No lejos de allí tiene establecida su industria un soberbio truhan, mas que de los tiempos presentes digno de los de Rinconete y Cortadillo, quien después de manejar con sin igual destreza unos palos, unas bolas, y unos anillos á manera de juegos malabares, escamotea los dineros del concurso con esta ingeniosísima invención.

— Si cada uno de los que me rodean — exclama — se atreve á darme una moneda, yo prometo colocarlas por muchas que sean una sobre otra en la punta de este baston. El otro extremo lo apoyaré en la punta de mi nariz; y después de pasear un rato guardando el equilibrio, daré un capirotazo al palo, y todas las monedas se meterán como por su pié en el bolsillo derecho de mi chaleco. Si así no sucediese devolveré el dinero al público, y los juegos habrán sido gratis.

¿Quién se resiste á ver la prueba? — Todos los concurrentes, y muchos mas que se agolpan al anuncio, depositan su pieza en manos del equilibrista. Cógelas en efecto, y formando un caramillo casi tan largo á veces como el mismo baston, le coloca en la punta y por el otro extremo en la de su nariz: da el capirotazo, y todas aquellas monedas de tamaño y figura diferentes, planas y convexas, chiquitinas y grandes, buscan de un modo maravilloso el bolsillo derecho del chaleco. — Ni una sola vez de las varias que nuestro español dió sus dos cuartos por presenciar la suerte, vió que se cayera pieza alguna, excepto cuando las había de plata; en cuyo caso separándose estas de las otras, venían irremisiblemente al suelo. Ofendido el truhan de aquello que él llamaba *insubordinación y rasgo de orgullo*, arrojabalas con violencia por entre sus piernas, y describiendo entonces una elipse, volvian por encima de su hombro á buscar el bolsillo izquierdo del chaleco.

— Era — decia como disculpándose, — que la plata no quiere estar nunca con los cuartos.

En otro garito se representa un drama sentimental. — Dos hombres, vestidos de payaso el uno, y figurando el otro por su traje ser un obrero laborioso, engañan de consuno á los bobalicones bajo la apariencia de un médico y su enfermo. El trabajador con la cabeza apoyada en un poste, ruge y patalea no de otra suerte que si se hallase sufriendo los dolores mas terribles. El emfírico le consuela y anima; coge un frasco de cierto elixir, y mostrándole á los curiosos con ademán de victoria segura, derrama algunas gotas del licor sobre la cara del acongojado, quien se anima al instante, sonríe de placer, salta de gozo y estrecha cordialmente á su salvador, dándole al mismo tiempo todo el dinero que posee. Aquel precioso elixir cura instantáneamente todas las dolencias.

Nunca faltan en París personas inocentes que se apresuran á llevar para casa una botellita de ese encantado licor, por si les sorprendiesen de improviso dolores tan agudos como los que atormentaban al infeliz obrero.

Mas allá hay un teatro, en el que ratas y ratones perfectamente vestidos, representan la parodia del drama mas aplaudido por entonces en París.

No lejos de aquel sitio se ve á un gran dibujante, á un artista sin duda, trazando sobre el papel con admirable facilidad y gracia la caricatura del primero que llega, por solo vender los lápices que contiene su caja.

A un lado el mundo nuevo con las vistas y escenas de la guerra, cuyas descripciones llegaron por el último correo y á veces con las que la Gaceta del mismo día anuncia como recibidas por partes telegráficas.

Cerca de este un enorme telescopio para ver las montañas de la luna, ó para recrearse por dos cuartos en el rebaño celeste que componen las *siete cabrillas*.

Por aquí un mutilador de perros, que recomienda la suavidad de su bisturí á las dueñas sensibles.

Por allá un trovador harapiento que canta al son de su bandurria la vida de los doce Pares ó las hazañas insignes de Juana de Arco.

Pero ¿qué contar mas si nuestra tarea sería interminable? Todos los hombres listos (y en Francia hay uno sobre cada piedra) que no han querido emplearse en cosas útiles por haraganería ó otra cosa peor; todos los truhanes que consienten pasar un año encerrados, perfeccionándose en una pillería, para mostrarla al público y no trabajar mas; todos los gandules de vida airada que se contentan con ganar el día claro lo suficiente para tupirse de cerveza los días turbios, todos asaltan las avenidas de los Campos Eliseos como teatro el mas á propósito para ejercer sus menudas industrias con gran provecho de sus bolsillos. Allí como energúmenos se disputan los unos á los otros la posesión del espectador si no á brazo partido como sucedería en España,

á lo menos con exageraciones, arrumacos y chistes que es lo que consiente la sin par vigilante y previsora policía de París.

Todos tienen privilegio de invención; todos conservan cartas gratulatorias de un sin fin de monarcas á cuya presencia han trabajado; todos lo hacen mejor y mas barato que su vecino; todos por fin exceden en agudeza para anunciarse á aquel célebre zapatero inglés que habiendo visto establecerse á su lado dos colegas de oficio, el uno de los cuales anunciaba en su muestra: «Aquí vive el mejor zapatero de Londres», y el otro para sobrepujarle escribía en la suya: «Aquí vive el mejor zapatero del mundo», apuntó él en la propia una inscripción diciendo, que allí vivía el mejor zapatero de la calle.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



FUENTE DE LOS TRITONES.

Esta preciosa fuente ejecutada en marmol blanco y enriquecida con infinitas esculturas del estilo y tiempo de Berruguete, estaba colocada en el jardín de la Isla en el Real sitio de Aranjuez desde el año de 1657.

Corre entre muchas personas el decir, que el diseño de esta fuente fué ejecutado á ruegos de Felipe IV por su pintor de cámara el famoso Velazquez; pero sin que nosotros hayamos podido averiguar lo que de verdad hay en el asunto, creemos que este dicho es debido al cuadro que del mismo autor existe en el Real Museo de Madrid señalado con el número 145, y que representa la fuente á que aludimos con el paisaje que la circunda.

Segun se ve en el referido cuadro, el pilon estaba á flor de tierra como la mayor parte de las fuentes de las posesiones de nuestros reyes, lo cual haria mas artístico y esbelto que el que hoy tiene y que se hizo cuando se trasladó desde el jardín en donde estaba al del Campo del Moro en que hoy se encuentra.

Consiste segun se ve en el grabado en una basa triangular que tiene los ángulos cortados, formando un exágono.

En cada uno de los lados menores hay inscripciones en castellano que expresan el año en que se colocó en Aranjuez bajo el reinado de Felipe IV, y en los mayores, que son cóncavos, inscripciones latinas de las cuales una dice:

Nemo sitim sedat in ratione vivat.

Levántase en el medio una columna con tres ninfas agrupadas de hábil ejecución, así como los mascarones que hay entre ellas: sobre dicha columna sienta una taza con el reverso cubierto de esculturas que representan nereidas entrelazadas y delfines, hecho todo con prolijidad y perfección.

Encima de esta rica taza hay dos columnas agrupadas con dos doncellas aladas. Debajo de la pequeña taza con que termina el todo y de cuyo centro sale un surtidor, hay una preciosa guirnalda hábilmente ejecutada de flores, frutas y hojas de laurel entrelazadas con exquisito primor y buen gusto.

Sobre una grada están colocados los tres tritones á que debe su nombre, cada uno de los cuales tiene en la mano derecha un escudo y en la izquierda un canastillo en que recibe el agua.

Tal es la descripción que puede hacerse de esta fuente, joya artística y digna por todos conceptos de figurar en un sitio donde no pudiesen destruirla las intemperies á que está expuesta.

ALFONSO ÁLVAREZ DE VILLASANDINO.

De este insigne poeta á quien el marqués de Santillana en su PROEMIO al condestable de Portugal llama «gran decidor, del cual se podía decir aquello que en loor de Ovidio un grand esto-

riador describe: conviene á saber, que todos sus mote é palabras eran metro (1).» no tenemos mas noticias biográficas que las que nos suministra el detenido estudio de sus cantigas y de cires tan numerosos, que segun observa el mismo marqués de Santillana «seria bien luengo é difuso nuestro proceso, si por extenso, aun solamente los principios dellas, á recontar se oviesen.» Argote de Molina (*Nobleza del Andalucía*, lib. II, cap. 152) asienta que Villasandino fué en su tiempo «el mas celebrado poeta de España, cuyas obras su Magestad tiene en su Real Librería de San Lorenzo.» Juan Alfonso de Baena encabeza de este modo las poesías de Villasandino que coloca en su precioso *Cancionero*: «Aquí se comienzan las cantigas muy escandidas é graciosamente asonadas, las preguntas é respuestas sotiles é bien ordenadas, é los deseos muy limados é bien fechos, é de infinitas invenciones que fiso é ordenó en su tiempo el muy sabio é discreto varon, é muy syngular componedor en esta muy graciosa arte de la poetría é gaya ciencia, Alfonso Alvares de Villasandino, el qual por gracia infusa que Dios en él puso, fué esmalte é lus é espejo é corona é monarca de todos los poetas é trovadores que fasta oy fueron en toda España.» Fray Pedro de Colunga (*Cancionero* citado, pág. 130) apellida á Villasandino «poeta excelente, profundo, é clasificador de toda oscuridad.» Estos y otros muchos elogios que nos seria fácil citar, nos dan cabal medida de la fama de esclarecido vate que Alfonso Alvarez gozó entre sus contemporáneos y años despues de su muerte.

Ignórase de todo punto el lugar donde vió la luz primera; mas si atendemos á que en diferentes manuscritos y obras que corren impresas se le conoce tambien por Alvarez de Illescas y Alvarez de Toledo, á causa de haber sido vecino de aquella villa enclavada en la provincia de Toledo, y á la costumbre muy seguida en su tiempo de tomar por segundo apellido el nombre del puebló natal; es lícito suponer que vino al mundo en el lugar de Villasandino provincia de Burgos en el segundo tercio del siglo XIV, puesto que ya en 1374 hacia versos loando la hermosura de Doña Juana de Sosa, manceba del rey D. Enrique II, por encargo de este monarca:

As donçellas denle onor
A esta noble flor de lys,
E damas d'este pays
Loan su pres é loor:
Syn pavor
Seu servidor
Quero sser leal, provado:
Ben me plas é soy pagado
En la servir por señor.

Noble debió ser su cuna cuando en edad temprana era ya admitido al trato de los reyes de Castilla y recibia el collar y la banda de manos de D. Juan I que le distinguió muchísimo, si hemos de creer lo que tiempo adelante escribia Villasandino:

Por este señor cobré
Orden de caballería,
E con gran franquesa un dia
Me cassó con quien cassé:
D'este resçehi é tomé
Muchos bienes é merçedes,
Pues en su corte ya vedes
Sy perdi ó ssy gane,
Sabe Dios cómo é por qué.

Casó dos veces; la segunda en edad muy avanzada con una señora que tenia por nombre Mayor, cuya belleza celebraba con entusiasmo enumerando á la par los goces que se prometia del matrimonio:

Mayor es ya mi desseo
Que non era fasta agora
Pues cobré gentyl señora
Con rriqueza é tyndo asseo:
Pues es tal su buen meneo

(1) Sponte sua carmen numerosa veniebat ad aptos:

Quidquid conabar dicere, versus erat. — Ovidio.

Desta flor que me forçó,

Suyo quiero sser é só

Para siempre en igual grado.

Pero Villasandino no tardó en ver por el suelo el templo de sus ilusiones — los poetas se engañan siempre; — la vida conyugal le acarreó disgustos y privaciones sin cuento, bien por vejez, bien por celos, ó lo que en nuestro concepto es mas probable por sus largas y continuas ausencias del hogar doméstico. De estos pesares se lamenta con gracia en una cantiga que empieza:

Amigos, tal coyta mortal

Nunca pensé que avrya:

Por ser leal rrescibo mal

Donde plaser atendya.

Ya non me cal

Pensar en al,

Salvo en señal

De omme carnal,

E seguir por la tryste via

D'este enxemplo natural:

Amansar deve su saña,

Quien por sí mesmo se engaña.

Su afición al juego de tablas y dados fué por lo menos tan grande, como su facilidad para versificar. «Juegas fasta la coraza,» le decia Pedro Morreria saliendo en defensa de una señora á quien Villasandino habia denostado en unos versos; y asi era verdad, pues dirigiéndose á Enrique III en demanda de maravadeses, cree necesario asegurar que son

Non para jugar los dados

Mas para mi mantenencia,

y concluye asi:

E con la tal convenencia

Fise jura en nostra ley,

A Dios é á vos, mi Rrey,

De tomar por abstinençia,

Que por ninguna atrevençia,

En quanto vivo serey,

Nunca dados jugarey,

Nin tablas por espirençia.

A esta desgraciada pasión del juego que le dominó hasta su muerte, no obstante juramento tan formal, debe atribuirse la estrechez y pobreza en que vivió Alfonso Alvarez, siendo así que él mismo enumera los bienes y mercedes que recibió de monarcas y magnates, y que parece disfrutó una pensión ó sueldo fijo acaso por sus merecimientos literarios segun se deduce de una lacrimosa epístola enviada al condestable D. Ruy Lopez Dávalos, en la que hallamos este verso:

Mandat que me paguen el sueldo d'enero.

Estuvo avecindado como dejamos dicho en la antiquísima villa de Illescas, donde poseyó algunos bienes raíces; pero frecuentemente aun siendo ya anciano y achacoso salia de su modesto retiro por corresponder á las invitaciones de los grandes señores, tales como D. Alvaro de Luna, D. Ruy Lopez Dávalos, los arzobispos de Toledo D. Pedro Tenorio y D. Pedro de Luna, el arciano de Guadalajara D. Gutierre de Toledo y otros muchos que solicitaban sus visitas y le acorrian en sus necesidades. Otras veces seguia á la corte ó á sus favorecedores para asistir á públicos regocijos y ser testigo de sucesos notables, ó simplemente con objeto de ejercitar su musa pedigüena. Asi le vemos en Ayllon el año de 1411 con la reina Doña Catalina ponderando los sermones de S. Vicente Ferrer, en 1412 en Zaragoza con motivo de la coronacion de D. Fernando de Antequera etc. En uno de estos viajes le hurtaron cerca de Segovia una gentil mula de que era pagado, y al punto escribió unos versos al condestable Lopez Dávalos pidiéndole otra, la cual le fué concedida; mas querelloso de que le diesen el animal sin arreos, insistió de esta manera:

Señor, esta mula parda

Que me diste syn rrenzilla,

Non tiene freno nin sylla.

Nin merese ser de albarda;
Perdido por mala guarda
Quedaré en esta villa,
Condestable de Castilla,
Sy el vestro acorro tarda.

Por este rasgo podría conjeturarse hasta qué punto era descontentadizo nuestro poeta y cuán precaria llegó á ser su situación, si no tuviéramos este otro testimonio de su carácter lloron y pegajoso.

Habiendo convidado á sus bodas al adelantado del Andalucía D. Perafan de Ribera, como este caballero no le hiciese el regalo que es de costumbre en casos semejantes, le *desconvidó* en términos nada comedidos, diciéndole que por miserable debería morar en la Roda, *lugar seco é despoblado*. D. Perafan contestó por los mismos consonantes:

Mi amigo desposado,
Quien se casa ó quien se enloda
Ó quien sus majuelos poda,
Non tengo desto cuydado:
En dar lo mio baldado
A quien non lo tien servido,
Non me pongo en tal ruydo
Nin lo ove costumbrado.

Extraño parece en nuestros días que poetas tan aventajados como Villasandino malgastasen su fecundo ingenio en escribir sobre asuntos las mas veces triviales y desgraciados de suyo, precisamente en una época en que los repetidos combates entre cristianos y sarracenos, y el espíritu caballeresco llevado á un grado tal de exageración que ya tocaba en lo ridículo, ofrecían ancho campo al poeta para elevarse en alas de la inspiración, cantando las hazañas de los héroes castellanos y aquellos grandes hechos de audacia, de valor y de hidalguía que con asombro y duda leemos en las antiguas crónicas. Mas la explicación es muy sencilla; la musa popular, es decir, los juglares y los trovadores, se había encargado de transmitir á las generaciones futuras verdaderas historias rimadas de los acontecimientos mas notables, descosidas biografías de los personajes célebres, cuadros de costumbres apenas bosquejados, pero no por eso menos exactos y preciosos, y esto bastó para que aquellos que de maestros en la gaya ciencia se preciaban pusiesen el mayor cuidado en apartarse de un género de literatura que cultivaban gentes indotas y de oscuro origen. «Los caballeros mas duros y bravos, dice á este propósito el erudito Sr. marqués de Pidal (*De la poesía castellana en los siglos XIV y XV*), los que mas se complacían en los combates y en las lides campales, escriben al tomar la pluma como enamorados donceles y como suaves Adonis, como conceptistas y metafísicos, sin que jamás se encuentre en sus versos la menor alusión á sus hechos de armas, ni á sus empresas guerreras, ni á las tremendas y sangrientas catástrofes que solían terminirlas.... El gallardo y desgraciado D. Alvaro de Luna, el quijotesco Suero de Quiñones que entraba casi desarmado en las batallas contra los infieles en obsequio de su dama y mantenía despues con igual motivo el célebre paso honroso del puente de Orbigo; sus compañeros y contrincantes, el mal aventurado Juan de Merlo, Lopé Destúñiga, Alonso Deza y Juan Pimentel que compartieron con él las fatigas y riesgos de aquel hecho singular de caballería que apenas comprendemos; el terrible justador Gonzalo de Cuadros que hiere gravemente en unas fiestas al de Luna, poniendo en consternación á todos los caballeros y damas de la corte; todos en fin, porque todos eran poetas cuando arrimada la lanza escribían sus metros y canciones, olvidaban los afectos, odios y pasiones que en realidad los animaban y conmovían; olvidaban las armas, las guerras y los hechos de caballería para expresar en conceptos metafísicos y alambicados un amor afeminado y bastardo.» Vese, pues, que Villasandino no hizo en esto mas que seguir la corriente general, no teniendo bastante valor ó genio suficiente para marcar un nuevo camino á la poesía cortesana y erudita: sus composiciones todas, excepto las en que llora la muerte de D. Enrique II ocurrida en 1379, la de D. Juan I en 1390, la de D. Enrique

III en 1406, y las de las reinas Doña Juana y Doña Leonor, son ó trovas de amores, ó donosos memoriales pidiendo ya ropa, ya un oficio, ya posada, cuándo dinero, cuándo trigo. Deben exceptuarse tambien varias cantigas que compuso en loor de la ciudad de Sevilla, haciéndolas cantar por juglares delante del cabildo de aquella santa iglesia, que le otorgó un premio de cien doblas (1,200 rs.) por cada una, y dos mas encomendándose á la Virgen María. De estos últimos es notable por su incomparable sencillez y belleza, la que copiamos á continuación:

Generosa, muy hermosa,
Syn mansilla Virgen Santa,
Virtuosa, poderosa,
De quien Lucifer se espanta:
Tanta
Fué la tu grand omildat
Que toda la Trenidat
En ty se ençierra, se canta.

Plascentero fué el primero.
Goso, señora, que oviste;
Quando el vero mensajero
Te saluó, tú respondiste.
Troxiste
En tu seno vyrginal
Al Padre celestial,
Al qual syn dolor pariste.

Quien sabrya nin dyria
Quanta fué tu omildança
O Marya, puerta é oya
De salud é de folgança.
Fyança
Tengo en ty, muy dulce flor,
Que por ser tu servidor
Avré de Dios perdonança.

Noble rrosa, fija é esposa
De Dyos, é su Madre dyna,
Amorosa es la tu prosa,
Ave estela matutyna.
Enclyna
Tus orejas de dulçor
Oyendo á my, pecador,
Ayudándome festyna.

Quien te apela *maristela*,
Flor del ángel saludada,
Sin cabtela non rreçela
La tenebrosa morada.
Eryada
Fuste limpia, syn error,
Por quel alto Emperador
Te nos dió por abogada.

Que parryas al Mexias
Dixeron gentes discretas,
Geremias é Issayas,
Daniel y otros profetas.
Poetas
Te loan é loarán,
E los santos cantarán
Por ty en gloria chançonetas

O beata ynnmaculata
Syn error desde *abenicio*,
Byen barata quien te cata
Mansamente syn bollyçio.
Serviçio
Fase á Dios, nuestro Señor,

Quien te syrve por amor.

Non dando á sus carnes viçio.

Han creido algunos tomando acta de ciertos versos de Fr. Pedro de Colunga, que Villasandino ejerció en sus años juveniles la profesion militar; pero este aserto nos parece infundado, en razon á que no es verosimil que quien con la pintura de sus necesidades, de sus achaques, de sus cosechas perdidas, de su rai-da vestimenta y del ajuar de su pobre casa procuraba entene- cer el corazon de reyes y potentados, dejase de hacer mención de sus méritos como guerrero, y en los escritos de Villasandino no hallamos una sola frase que aluda á aquella circunstancia. Lo que consta de una manera indudable, porque copiamos sus propias palabras, es que no fué *docto ni letrado*, y que alcanzó una edad muy avanzada á pesar de las privaciones y de las en-fermedades que fueron fieles compañeras suyas desde la cuna hasta el sepulcro. En 1423 vivia aun el primer poeta español de aquellos tiempos, ALFONSO ALVAREZ DE VILLASANDINO (1).

CÁRLOS DE PRAVIA.

AL AMIGO DESCONOCIDO.

*Non sum qui fueram: perit para
maxima nostri....*

No extrañes, no, que el velo de amargura,
perpétua nube en mi infeliz semblante,
tambien nuble el cantar que fué un instante
émulo al ruiseñor en la espesura.

El tiempo fué de angélica ternura,
cuando hasta de una flor era yo amante,
y vislumbraba, el seno palpitante,
diáfanos horizontes de ventura.

Si quieres que en mi vida atribulada,
náufraga hoy en el mar de la agonía,
la calma torne de la edad pasada

y el sol de la esperanza y la alegría —
¡vuélveme aquella juventud dorada!
— ¡Vuélveme aquel amor del alma mia!

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

LO QUE SOBRA EN EL MUNDO.

Señor tiempo, señor tiempo,
el que se almuerza sus hijos;
el de la hoz y el reló,
el dormilon viejecito.

El que se traga y engulle
lo mismo pobres que ricos;
el que de una hermosa dama
hace un horrible vestigio:
salud y gracia: sepades,
si es que no lo habeis sabido,
que hay mucha gente de sobra
en este mundo maldito.

Que hay aquí muchas cecinas
con rosario y abanico,
pasas con falda y peluca,
que son perdurables siglos.

(1) La coleccion completa de sus poesías ocupa gran parte del Cancio- nero de JUAN ALFONSO DE BAENA, códice de inestimable valor, que sus- traído de la librería del Escorial á principios de este siglo, fué hallado hace algunos años en la Biblioteca nacional de París por nuestro distin- guido y respetable amigo el Sr. D. Eugenio de Ochoa, que á la sazón se hallaba formando por encargo del gobierno francés un *Catálogo razonado* de los manuscritos españoles existentes en las bibliotecas públicas de aquella capital. El Sr. Ochoa sacó de él una esmerada copia que á su vuel- ta á España dió á la estampa, bajo los auspicios y con la cooperacion del Excmo. Sr. marqués de Pidal.

Y que hay algunas que dicen:

«no he cumplido veinticinco,
y si no tengo mas dientes
es porque no me han salido.»

Que hay plaga por esas calles
de doctores amarillos,
compañeros de la muerte,
sempiternos matavivos.

Y que hay muchos boticarios
con botes, tarros y vidrios,
cocineros de los diablos
y alguaciles del Cocito.

Y que si en un cementerio
entra alguno de los dichos,
gritan los muertos al punto
«á mí me curó ese pícaro.»

Debeis saber igualmente
que viven muchos maridos
comiendo de su cabeza
sin darla nunca un mordisco;

y que hay mozuelas comadres,
que hacen parir al bolsillo,
y dejarán sin ducado
al duque mas barbilindo.

Item que andan escribanos,
y de ellos nos libre Cristo,
suegras ó infernos con tocas,
fregonas y barberillos.

Item, sobran pasteleros
que den gato por cabrito,
vagos, tontos y farsantes,
viejas barbudas y esbirros.

Podeis tragaros tambien
poetas, que hay infinitos,
y en acribar la cosecha
nos hareis un beneficio.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Los escritores que piensan así consideran á la mujer como un mueble.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.